

(Prólogo a Herminio Lafoz, *La Guerra de Independencia en Aragón. I. Del Motín de Aranjuez a la capitulación de Zaragoza (marzo 1808-febrero 1809)*, Diputación General de Aragón, Zaragoza 1996, pp. 7-10).

A modo de prólogo

La flecha del tiempo consume esperanzas, ilusiones; pero también alimenta, amigo lector, afectos y amistades. Y no se me alcanza que las razones por las que aquí antecede a un autor como Herminio Lafoz sean otras que las del afecto, puesto que dudosamente plumas como la mía podrán añadir, en la tarea prologal, autoridad científica o profesional a quien por sí ya la tiene sobrada.

Historiador riguroso, el profesor Lafoz ofrece una trayectoria intelectual y profesional encomiable por su coherencia y amplitud. Doctor en Historia, desde pronto orientó sus pasos hacia la enseñanza secundaria dejando en los institutos de Barbastro, Borja y —ahora— Zaragoza, la impronta de una docencia rigurosa, siempre crítica, enraizada en el entorno social de sus alumnos y la comunidad en que la desarrolla. Y todo ello sin dejar de intentar mantener un constante compromiso cultural en los planos docente e investigador. Hay quienes se empeñan exclusivamente en construir hermosas jaulas de oro intelectuales, aisladas del entorno social. Es actitud legítima, aunque no sé si totalmente justificable en cualquier circunstancia: la ciencia de hecho nunca se construye al margen de las demandas sociales, y menos una disciplina con tanta dimensión social como la historia. Por eso perfiles como el que glosamos no sólo no debieran ser ignorados como lo son en ciertos círculos académicos, sino por el contrario destacados al máximo. Son punto de referencia para tantos que hoy contemplan cómo sus afanes por comprender el presente naufragan una y otra vez en las turbulentas aguas de la postmodernidad.

La labor publicística de Herminio Lafoz es tan variada como interesante. Como profesor de bachillerato —antes agregado, hoy catedrático— ha logrado desarrollar, fuera de la Universidad, una amplia labor investigadora que se ha ocupado sobre todo de la cultura política, el patrimonio, la antropología, la docencia de la historia y la historia misma. Daremos sólo tres referencias importantes: fue colaborador de una revista-periódico tan peculiar como *Andalán* durante los años que duró (1972-1987), ha sido y es asiduo partícipe y colaborador en numerosas jornadas y congresos pero sobre todo en las *Jornadas sobre el estado actual de los estudios sobre Aragón* (1979-1985)), hoy llamadas *Metodología de la investigación científica sobre fuentes aragonesas* (desde 1986) organizadas y editadas por el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Zaragoza, y tuvo importantes responsabilidades en la conservación y gestión del patrimonio documental y monumental aragonés del gobierno autonómico durante la etapa de Santiago Marraco.

La investigación histórica le ha llevado a ocuparse de un amplio abanico de temas, desde la antigüedad hasta nuestros días, con una pronta y acusada preferencia por la cuestión de la revolución burguesa española y sus relaciones con el feudalismo. Sobre ello ha publicado, tanto solo como en colaboración con Carlos Franco de Espés, artículos diversos, como "La lucha antifeudal en Nuez de Ebro (1830-1836)" (en *Estado actual de los estudios sobre Aragón*, III Jornadas, Instituto de Ciencias de la Educación, Zaragoza 1981), "Cuentas de la baronía de Alfajarín 1833-1840" (*Cuadernos Aragoneses de Economía*, Zaragoza, núm. 6, 1982), "Milicia y consolidación burguesa: el caso de Barbastro" (1833-1837)" (en *Estudios sobre historia de España (homenaje a Tuñón de Lara)*, tomo III,

Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Madrid 1981), "Milicia y revolución burguesa: Calatayud 1833-1839)" (en *III Encuentro de estudios bilbilitanos*, Centro de Estudios Bilbilitanos-Institución "Fernando el Católico", Calatayud 1992), "La lucha por la propiedad de la tierra en los inicios de la revolución burguesa. El caso aragonés (1808-1840)" (en *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica*, tomo IV, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza 1993). El autor por tanto conoce bien el tema.

Es sin embargo en los últimos tiempos cuando su oficio de historiador está ofreciéndonos frutos más granados. Y de forma abrumadoramente acelerada, ya que el libro ahora prologado es, si no me equivoco el quinto editado en cuatro años. Son pues nada menos que cuatro libros entre 1992 y 1995, de los que dos tocan la cuestión indirectamente y otros dos la convierten en tema central. En 1994 publicó *Feudalismo en Aragón: el señorío de Maleján (1122-1828)* (Centro de Estudios Borjanos-Institución "Fernando el Católico", Zaragoza), y en 1995, con Pedro Rújula, *Historia de Borja. La formación histórica de una ciudad* (Ayuntamiento, Borja), mientras que los otros dos abordan la problemática desde la biografía de un personaje clave: son en 1992 *José de Palafox y su tiempo* (DGA, Zaragoza) y en 1994 la edición e introducción de las *Memorias* del mismo José de Palafox (Rolde de Estudios Aragoneses-Ayuntamiento, Zaragoza).

El libro que presentamos fue en su día trabajo premiado en el concurso que anualmente convoca la entusiasta y zaragozana Asociación de Los Sitios. Es pues el tercero del autor sobre la guerra de Independencia, y según parece forma parte de un plan de trabajo que abarca toda la Guerra de Independencia en Aragón, del cual se cubren ahora los acontecimientos que van de marzo de 1808 a 1809. Por tanto es de suponer que no será el último, de tal modo que el resto del trabajo debería llegar desde el final del segundo Sitio hasta la constitución de 1812 o el golpe de Estado de Fernando VII (1814).

La Guerra de Independencia introdujo a España de lleno en el entorno de la Revolución Francesa y su después napoleónico, en la revolución liberal burguesa. Por su gran importancia interior y exterior, ella misma y sus hechos más relevantes han sido objeto de una publicística inmensa. La guerra española (para los ingleses "guerra peninsular", para los españoles "guerra de independencia", para Napoleón "la úlcera española"), en su sangriento devenir, cambió significativamente el escenario heredado de la Ilustración y la Revolución Francesa: marcó los límites del Imperio napoleónico, dio forma a una nación, posibilitó un nuevo Estado burgués, transformó las ideas y las conciencias. Y lógicamente, a distintos niveles, creó mitos locales y no tan locales. Es el caso de los dos asedios o Sitios (así, con mayúscula, los menciona la historiografía) de Zaragoza que, como hechos militares decisivos, colocaron de repente a la capital aragonesa en el centro de la historia peninsular y fueron rápidamente objeto de mitificación nacional y regional.

Debiera entenderse que es precisamente por eso por lo que el autor, para reconstruir lo que fue realmente la guerra, ha juzgado fundamental empezar por establecer la compleja trama de los hechos, por contarlos "tal como fueron", poniendo énfasis especial en los aspectos políticos y su dimensión social. Para ello ha recurrido a fuentes impresas y manuscritas: el archivo de Palafox —que conoce bien— más documentación inédita del Archivo Histórico Nacional, y los principales cronistas de los hechos: el *Diario* de Faustino Casamayor (aún inédito en parte) o las obras de Agustín Alcaide Ibieca o Ramón Cadena, más toda la mucha literatura impresa relativa a la Guerra de Independencia en Aragón y España, y a los Sitios de Zaragoza, que previamente es resumida y sistematizada.

En esta tarea el libro ofrece sin duda dos logros muy importantes. Por un lado muestra el análisis de la revuelta de Aranjuez y su repercusión regional, y en concreto cómo entre el 24 de mayo y el 15 de junio de 1808 Palafox se hizo con el poder a través de un proceso insurreccional en Zaragoza con amplia repercusión en todo el viejo reino. Por otro lado detalla el proceso por el que desde la nada se construyó en Aragón un ejército para resistir al francés, su actividad entre junio de 1808 y febrero de 1809, con especial referencia a los Sitios, y la enorme transformación de la vida administrativa y la organización social que implicó la presencia en la capital aragonesa de todo un ejército que a fines de 1808 alcanzaba casi los 40.000 hombres.

Es oficio gustoso del prologuista incitar al lector a leer un trabajo que, como éste, proporciona datos importantes y observaciones agudas. Y también cuestiones por resolver: algunas se sugieren explícitamente, otras son deducibles del propio análisis. Subrayemos algunas. Por ejemplo, parece fundamental subrayar —siguiendo al autor— una estrategia de análisis que parte de la base de que los Sitios no fueron la única acción de resistencia al ejército francés en Aragón. Es bien cierto que la estrategia militar de Napoleón era *nacional* y por tanto tenía poco en cuenta la estructura regional del Estado ilustrado; pero dada la complejidad de los hechos militares, tratar de reconstruir la totalidad de las acciones habidas en un territorio a través del análisis regional puede ser un buen punto de partida para profundizar en su incidencia real, que va mucho más allá de lo meramente militar.

Más importante aún, son, sin embargo, algunos hallazgos del libro que parecen fundamentales. Uno es la constatación de que en el movimiento insurreccional y revolucionario que hubo en Zaragoza pueden distinguirse al menos dos corrientes con un referente social bien diferenciado: un movimiento burgués, moderado, encabezado desde el principio por Palafox, y un movimiento de base claramente popular, fuertemente antifrancés. Esta distinción, coincidente con las tesis de Josep Fontana, que el propio autor subraya debidamente, marca sin duda un camino para nuevos estudios que aclaren la naturaleza social de las revueltas zaragozana, aragonesa y española, y las variadas formas locales que adoptó el conflicto entre por un lado el absolutismo político y el régimen feudal y por otro la resistencia anticlerical y la revolución antifeudal. Un conflicto este que, si hemos de hacer caso a los numerosos narradores, apologetas e intérpretes de los acontecimientos revolucionarios, casi todos pertenecientes a las capas burguesas, había de resolverse sin enfrentamiento social, por elevación: en un punto de encuentro común, el más allá político en el que convergían la lucha por Dios y la religión (pero contra una parte del poder del clero) y el nacionalismo antifrancés encarnado en la defensa legitimista de la Patria y el Rey (Fernando VII).

El otro hallazgo destacable —y destacado ya por el autor— apunta nada menos que a la génesis de los asedios, del mito. En efecto, la decisión de Palafox de refugiarse al ejército en Zaragoza a la vista del avance del ejército francés ni estuvo clara desde un principio ni se correspondía con la táctica militar ortodoxa en la estrategia militar, favorable a la batalla en campo abierto, y por eso encontró resistencias entre los militares profesionales. Y es que, otro dato fundamental, el libro muestra un ejército compuesto por militares profesionales y por civiles, lo que a su vez es fundamental para explicar su comportamiento militar. Las guerrillas no fueron ningún hallazgo militar táctico sino la consecuencia, hasta cierto punto lógica, de la naturaleza social del levantamiento en el mundo rural: bastante espontáneo, integrado por campesinos no

profesionales de la milicia, y poco equipado y organizado desde el punto de vista militar. O al menos eso es lo que parece a primera vista.

El autor muestra que la estrategia de Palafox de resistir al ejército francés desde dentro de los muros de Zaragoza, con un ejército incrustado en su propia retaguardia, sin hacer salidas para luchar en campo abierto, pudo ser lo único que cabía hacer al tener en él muchos civiles mal entrenados o poco equipamiento. Cabe preguntarse por tanto si el asedio no era una opción táctica entre otras posibles, sino más bien lo único que se podía hacer. La historiografía del último siglo y medio ha echado sobre los Sitios de Zaragoza un pesado lastre mitificador; este libro empieza por fin a aligerarlo, al tratar de establecer simplemente cómo fueron en realidad los hechos. O al menos cómo creemos hoy que fueron.

La narración de hechos bélicos así plantea necesariamente la necesidad de establecer una sociología de la guerra, de hacer una historia social del proceso que aborde y —si puede— resuelva problemas como éstos: la enorme desarticulación social que produjo el conflicto en las comunidades rurales —y más en las de la zona central, las que habían experimentado un mayor crecimiento económico en el siglo XVIII—, sus efectos en el régimen señorial, la procedencia social de los combatientes, cómo se pueden combinar ideas como el intenso patriotismo popular antifrancés y las numerosas deserciones que hubo, o cuáles fueron los efectos sociales de escaramuzas y batallas como las de Tudela, Mallén, Alagón o Epila, que lanzaron al campo a muchos centenares de desertores. Son cuestiones que la lectura del libro plantea y algún día se podrán aclarar.

Desde el punto de vista historiográfico, libros como éste ponen de manifiesto el nuevo interés del análisis histórico por volver a lo que en otros tiempos fue el objeto primero del historiador: analizar los hechos para contarlos tal como fueron. Pero no se queda ahí. Lo estudiado sucede no ya en un siglo, una década o un trienio, sino sólo en un año, en unos meses, y en muchos momentos sólo en una ciudad; sin embargo la obra no se queda en lo singular, sino que busca lo general. Es historia ciencia, no sólo mera historia relato, y su pretensión es llegar a conocer lo general, en este caso cómo se produjo la revolución liberal burguesa en Aragón y en España.

Y cuando todavía se traducen y editan libros en los que la Guerra de Independencia es simplemente una historia episódica de los hechos militares — más: de hechos que se narran pero no se explican— reconforta ver un libro que empieza por decir que la Guerra de Independencia tiene una dimensión política y social, que tiene un antes en la Ilustración y un después en el proceso revolucionario burgués, que no se queda en describir hechos, sino que se afana por explicarlos. Ese es el camino a seguir, y en él sin duda este libro se convertirá pronto en un punto de referencia útil y necesario.

Zaragoza, noviembre de 1995

Guillermo Pérez Sarrión